

EL TIEMPO VIVIDO

NORMAN OHLER



Los infiltrados

LA HISTORIA DE LOS AMANTES
QUE GUIARON A LA RESISTENCIA ALEMANA



CRÍTICA

NORMAN OHLER



Los infiltrados

La historia de los amantes que guiaron
a la resistencia alemana

Traducción castellana de
Héctor Piquer Mingujón

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2021

Los infiltrados. La historia de los amantes que guiaron a la resistencia alemana

Norman Ohler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Harro & Libertas. Eine Geschichte von Liebe und Widerstand*

© Verlag Kiepenheuer & Witsch, Köln, 2019

© de la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-349-0

Depósito legal: B. 16.380-2021

2021. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

Medio año antes, en el otoño de 1932, todavía hay democracia en Alemania. Es mediodía y vuelve a haber disturbios en la universidad. Un camisa parda ha colgado de las coronas de flores del monumento a los estudiantes unas banderolas con la esvástica, y un izquierdista las ha cortado. Los dos bandos en liza se hallan frente a frente delante del edificio principal de la Universidad Friedrich Wilhelm de Berlín, solo separados por un estrecho espacio y «dispuestos a enfrentarse a la primera palabra provocadora que saliera de cualquiera de ambos lados», como recordará más tarde un estudiante amigo de Harro.¹ De una parte se posicionan los universitarios de izquierdas —socialistas y comunistas— y el pequeño grupo de burgueses demócratas. A la derecha, los nazis y los estudiantes de las fraternidades afines gritan consignas de lucha contra «Judá» y «el sistema». No es la primera vez que las protestas políticas paralizan la vida universitaria en la inestable República de Weimar, ni que el rector intenta en vano persuadir a ambos bandos haciendo impotentes aspavientos.

Harro Schulze-Boysen estudia Ciencias Políticas y acaba de dormir a pierna suelta en la *rotegraue garnison*, la guarnición rojigrís, una de las primeras viviendas colaborativas de Alemania, situada en un apartamento de ocho habitaciones de la Ritterstrasse, en el distrito de Kreuzberg. No hay muebles y se comparte todo: platos, comida, dinero. Es un experimento socialrevolucionario promovido por Eberhard

36 Köbel, más conocido por el seudónimo de «Tusk», responsable de la dj.1.11, un colectivo asociado al Movimiento Juvenil Alemán que aboga por *la conspiración contra las estructuras anquilosadas, la independencia, la vida juvenil libre y emancipada, la provocación contra los viejos maestros, el reinado autónomo de la juventud: viajes — ropa — lenguaje — obra gráfica — minúsculas, un estilo directo y alejado de cualquier residuo nocivo de la época guillermina.*

Acostada junto a Harro está Regine, su novia, una joven y delgada diseñadora de moda de familia rica. Apartándose de la cara un mechón de su melena rubia-rojiza, con un leve toque de carmín en los labios como único maquillaje y enamorada como está de Harro, le suelta de sopetón algo inesperado. Él reacciona saliendo de la cama, poniéndose su habitual jersey azul y abandonando el dormitorio echando chispas hacia la cocina, donde busca algo de comer. Solo quedan dos panecillos secos, pero da igual: el afán de posesión está superado; al menos hay un buen té para acompañar. *¿Tener un hijo ahora...?* ¿Sigue Regine anclada en los ideales burgueses?

Harro tiene veintitrés años y quiere transformar la sociedad de raíz junto a Henry Erlanger y sus otros amigos. Y no quiere trabajar por el futuro de *un* hijo, sino por el de *todos* los hijos de Europa y el resto del mundo. Pero hay mucho por hacer, sobre todo con la devastadora crisis que asola el planeta: comedores sociales por todos los rincones, colapso bancario, alquileres inasequibles, seis millones de desempleados solamente en Alemania, recesión y falta de esperanza en todos los estratos sociales y la amenaza constante de que todo se desmorone en cualquier momento. La sociedad tiene que cambiar. Está polarizada, los partidos se han vuelto ineficaces y ya no representan al pueblo.² Así lo siente Harro. Pero ¿qué alternativa proponen los partidos? ¿Y qué es en realidad el *pueblo*? Su joven cabeza da demasiadas vueltas alrededor de estos asuntos como para proponer soluciones sencillas. Sus objetivos todavía son difusos y coquetea incluso con la derecha apoyando, por ejemplo, la lucha contra el «dictado» de Versalles que castiga a Alema-

nia con el pago de cuantiosas compensaciones tras su derrota en la primera guerra mundial. Todavía en mantillas le rondan por la cabeza los postulados del Querfront —la estrategia del recién nombrado canciller Kurt von Schleicher de unir en un «frente transversal» a facciones del NSDAP, fuerzas armadas, sindicatos y socialdemócratas— e impulsos antiparlamentarios. Los frentes ideológicos no siempre son inequívocos en esta fase tardía de la República de Weimar, y como en *Gegner* quieren dar voz a todas las partes, publican textos de Ernst Niekisch, Karl Otto Paetel y otros nacionalbolcheviques, o de opositores nazis de la SA. También ceden la palabra a comunistas disidentes de la línea oficial del KPD (el Partido Comunista de Alemania), a creyentes católicos o al presidente de la delegación berlinesa de la Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold (Bandera Imperial Negra, Roja y Oro), una organización paramilitar de ideología socialdemócrata-centrista. Tal es el caos del movimiento nacionalrevolucionario de finales de la República de Weimar.

Habiendo todavía tantos aspectos fundamentales por aclarar, ¿cómo se puede educar a un hijo de manera responsable? *¿Y cómo es posible que Regine no lo entienda?* Harro mira por el pasillo hacia el dormitorio, donde la ve acostada, seductora, sobre el colchón. Pero se va pitando a la universidad.

En el tranvía de la línea 88 no cabe ni un alfiler, chiquillos corretean de una punta a otra y el olor a sudor y tabaco lo impregna todo. Junto a las puertas de madera lacada cuelgan anuncios publicitarios: KAKADU, EL MEJOR BAR DE LA KURFÜRSTENDAMM — BERLÍN LO SABE: EN KARSTADT SE COMPRA BIEN. Un vagabundo duerme apoyado a una ventana. Una mujer demacrada que ronda la cincuentena clava sin disimulo la mirada en Harro, en su pelo rubio, sus ojos azules brillantes y su cuerpo atlético de un metro ochenta y cinco de estatura. JABÓN DE BASE IA: PHILIPP KOCHMANN, SAPONIFICACIONES Y JABONES DE BASE. Coches de caballos, calesas, camiones. ¡BASTA DE NAZIS Y JÓVENES ARISTÓCRATAS! ¡VOTE SOCIALDEMÓCRATA! Una cola a la puerta de una

38 oficina de empleo, la gente sorprendentemente bien vestida, no como los morfinómanos que están sentados en un banco, ojerosos y esqueléticos, sin ningún lugar adonde ir, todavía enganchados a la guerra. OSRAM: EVOLUCIÓN EN MARCHA. «Europa, el reloj del mundo, se ha detenido», ha escrito Harro en *Gegner* recientemente: «Sus engranajes empiezan a oxidarse. Una tras otra, las fábricas cierran sus puertas».³ En todas partes se desencadenan procesos económicos que otorgan a las grandes corporaciones un poder que no se contempla en la Constitución de Weimar. ¡Abajo el capitalismo! Pero el comunismo tampoco sirve: es un aparato demasiado rígido y depende de Moscú. ¡RUMBO A LA RUSIA SOVIÉTICA!, reza otro anuncio: VIAJES DE ESTUDIOS BARATOS PARA MÉDICOS, PROFESORES, TRABAJADORES. INTOURIST.

«Te vuelvo a repetir que no soy comunista.» Así se lo ha comunicado Harro a su confundida madre Marie Luise, ama de casa de un hogar burgués en Mülheim del Ruhr: «El Partido Comunista es la expresión del movimiento socialista mundial, y el Partido Bolchevique, por ejemplo, es la forma propiamente rusa. Y por ello no es aceptable para Alemania».⁴

El tranvía de la línea 88 recorre una ciudad agitada. Como dice Harro, la «enfermedad de la gran ciudad» se propaga. Al distrito de Friedrichshain lo llaman el «Chicago de Berlín» por sus bandas de gánsteres. Es una época confusa, experimental; en todos los bandos.⁵ ¿Será el *personalismo* una salida, como propagan los amigos filósofos franceses de Harro desde la revista mensual parisina *Plans*? El personalismo: un sistema revolucionario integral que se presenta como la alternativa crítica a las teorías comunistas y fascistas y quiere reemplazar al individualismo liberal poniendo el énfasis en la *persona*. El Estado nunca debe constituir el bien más elevado y el hombre nunca debe ser rebajado a la categoría de *individuo*. Suena tan plausible como impreciso, ya que los mecanismos de aplicación de estos objetivos no son precisamente obvios, pero esto no molesta a Harro. Para él, lo importante del personalismo, al que se siente vagamente

unido, es que es un movimiento abierto, que cultiva la idea de una revolución permanente dentro de una cosmovisión abierta y una economía orientada al socialismo. Un camino que defiende la libertad de decisión como principio fundamental de la vida humana.

Belle-Alliance-Platz, Landwehrkanal, estación de Anhalt.

Pero ¿qué es en realidad el *libre albedrío*? En el personalismo, el ser humano está llamado a convertirse en el autor de su propia biografía. En conversaciones con los jóvenes intelectuales franceses del *Ordre Nouveau*, Harro ha debatido la idea de un nuevo orden europeo y defendido la visión de una Europa de las regiones. Para él, superar la estrechez de miras nacionalista de los mayores y, sobre todo, de los que están en el poder, debería ser una prerrogativa de las organizaciones juveniles de Alemania y Francia.

Con el objetivo de estrechar lazos de amistad y superar los enquistamientos nacionales, Harro organizó meses atrás, en febrero de 1932, un encuentro de jóvenes en la Universidad de Frankfurt al que asistió un centenar de participantes procedentes de Francia, Alemania, Bélgica y Suiza. En un discurso impulsivo, Harro exigió la abolición del sistema capitalista y la anulación del «dictado» de Versalles. Los franceses, en vez de la abolición del Tratado sin más, propusieron la creación de un nuevo orden europeo que incluyera Alemania. Al margen de las cumbres de estado, el encuentro juvenil de Frankfurt fue uno de los pocos foros públicos donde franceses y alemanes han podido reunirse y abandonar el limitante pensamiento de trincheras que arrastran desde el final de la Gran Guerra. Pero el debate no fue fácil, los asistentes alemanes se mostraron profundamente divididos. Aparte de algunos izquierdistas, allí se dio cita principalmente todo el espectro nacionalrevolucionario, desde los comunistas contrarios a Stalin del KPO (Partido Comunista de Alemania-Oposición), los representantes de la Liga de Jóvenes Combatientes Prusianos y los sindicalistas anarquistas, hasta el Frente Negro de Otto Strasser —para quien Adolf Hitler era demasiado complaciente con

40 el capitalismo— y el elitista Cuerpo Gris. En resumen, un galimatías de opiniones, deseos y puntos de vista. Harro destacó entonces como un notable orador que sabía defenderse en los debates más feroces y asimilar —o destrozar— los argumentos del otro. Solo gracias a su buena capacidad negociadora el encuentro no terminó en un escándalo, sino en una reunión infructuosa. Con el fin de tender puentes de diálogo eficaces con los vecinos europeos, Harro quiere convertir la revista *Gegner* en la plataforma de opinión de Alemania.

Se baja del tranvía porque hay obras en la calle. Están arrancando el adoquinado como si fuera la costra de una herida y la rellenan con asfalto caliente. El suelo burbujea, el metro retumba. Bajo los tilos de la avenida Unter den Linden las hojas ya son pardas y el ambiente es frío. Con paso relajado y las manos en los bolsillos del pantalón, Harro se acerca al patio de acceso a la universidad, junto a cuyas verjas hay mendigos sentados a unas mesillas. Ve a los estudiantes enfrentados y, de pronto, lo tiene claro: va a tener que desplegar todos sus recursos. Harro sabe de qué pie cojean todos, y todos conocen al tipo del sempiterno jersey azul.⁶ Más allá de las diferencias ideológicas, los compañeros de la universidad se fían de él. Y no solo por su hábil dialéctica, sino también por su aspecto deslumbrante y su extraordinario carisma, cualidad muy necesaria en una época que busca orientación. Mientras las ganas de trifulca tensan los ánimos a ambos lados, él mantiene un equilibrio sereno y afable: saluda a un camisa parda tras otro con un apretón de manos, les pregunta qué pasa y escucha tranquilamente la historia de las banderolas con la esvástica que han cortado. No, los nazis no son sus amigos, los encuentra demasiado aburridos y rechaza de plano su antisemitismo, pero es capaz de dialogar con gente así. Después se dirige paseando al lado izquierdo, donde están entonando «La Internacional» a grito pelado, y estrecha la mano a todos. Este es su bando: Harro lee a Karl Marx y sabe diferenciar perfectamente entre la aspiración internacionalista de alcanzar un orden social más justo, con educación, vivienda y aten-

ción médica para todos, y la pose ultraderechista y antisemita de los nacionalsocialistas, con su objetivo de división y separación.

Ya no se oyen consignas. Todos, incluido el rector, miran a Harro que, siguiendo su instinto revolucionario, no desperdicia la oportunidad de volver a repartir apretones de manos a un bando y a otro y zanjar el conflicto.⁷

2

Con Regine parece que la cosa fluye y, junto con el resto, forman una panda divertida: artistas, homosexuales, artistas homosexuales, revolucionarios, bohemios. Son jóvenes y atractivos, y llevan una vida errática en los erráticos tiempos de Weimar. Para Harro, sin embargo, lo más importante no es el amor por su novia sino la política. De hecho, siempre ha sido así. Es un «ferviente alemán», como lo describe un amigo, con una «profunda, tal vez innata, conciencia cultural, tanto artística como filosófica, que le viene de familia».⁸

En Friburgo, donde comenzó sus estudios universitarios, Harro fue miembro de una hermandad muy activa y desde 1924 ha seguido a las juventudes de la Orden del Joven Alemán, una organización paramilitar de corte nacional-liberal. Las ideas e ideales de las alianzas juveniles han influido profundamente en la formación de su carácter: la vida entendida como una lucha constante, la inflexibilidad, la disciplina estricta, la voluntad de sacrificio y la disposición al sufrimiento, pero también la camaradería. Ya en 1923, durante su época de escolar en Duisburgo, tomó parte en las barricadas contra la ocupación francesa de la cuenca del Ruhr, motivo por el cual, a los catorce años, pasó una noche a la sombra: una cuestión de honor en su familia, donde el compromiso social es un elemento más. El tío de la madre de Harro, Ferdinand Tönnies, fue el cofundador de la sociología en Alemania: las aspiraciones intelectuales, la tolerancia y el cosmopolitismo son primordiales

42 en la familia. El pariente más famoso de Harro es el hermano de su abuela por parte paterna, el *Grossadmiral* Alfred von Tirpitz, el gran almirante conservador de derechas que creó la Flota de Alta Mar por encargo del káiser Guillermo para que Alemania pudiera salir airosa de un eventual conflicto militar con Gran Bretaña. Hasta bien entrado en la vejez, Von Tirpitz lució una magnífica barba de dos puntas que, como un hacha castrense de doble filo, siempre impresionaba a sus nietos. Von Tirpitz fue el buque insignia de la familia y un modelo para un adolescente Harro que, algún día, lograría para «la causa alemana» lo mismo que hizo su predecesor: «Darlo todo por el país, trabajar a conciencia para mejorarlo», como escribió en 1929 en una carta dirigida a su legendario tío abuelo.⁹

El padre de Harro, Erich Edgar, también es miembro de la Armada y simpatiza —al igual que Von Tirpitz— con el derechista Partido Popular Nacional Alemán. Por sus intereses intelectuales podría haber sido científico, tal vez incluso artista, pero Erich Edgar, o E. E., para abreviar, con su profundo sentido del deber, es un clásico ejemplo de ética laboral prusiana. Es un padre que explica a su hijo que no solo se puede llorar, sino que incluso hay que hacerlo para demostrar que se pueden sentir emociones... pero, eso sí, solo *una* lágrima, por favor, y contención para que no salte la segunda. La madre de Harro, Marie Luise, es menos disciplinada pero más temperamental. Es una persona teñaz, asertiva, de poca estatura y, a veces, mucho carácter; una mujer avispada y romántica que tiene una opinión firme sobre todo y, a menudo, habla más rápido de lo que piensa. Algo que, con frecuencia, ofende torpemente a su prudente y más que discreto —también en la cama— marido.

En su padre, esa figura profesoral con una enorme biblioteca junto a la cual suele pasarse horas sentado frente al escritorio de caoba, derecho como un cirio, con un rigor que casi espanta, Harro ha encontrado con el paso de los años al *sparring* político ideal. El objetivo de Erich Edgar es hacer de su hijo un librepensador conservador, pero mien-

tras lo intenta, Harro le supera cada vez más con sus argumentos, porque en él fluye la sangre caliente de su madre y, en política, la pasión es casi tan necesaria como la razón.

El vehículo del compromiso político de Harro es la revista *Gegner*. Bajo su dirección, ha desarrollado en este año de 1932 una idea novedosa para dejar de ser una publicación estática y convertirse en un movimiento real: organizar unos «encuentros de adversarios» donde los autores y sus lectores puedan dialogar: «Veladas públicas de debates contradictorios», como se explica en las páginas de la revista.¹⁰ Un orgulloso Harro escribe a sus padres sobre esta iniciativa: «No hay ningún periódico en Alemania que, desde un enfoque tan independiente, acerque al público a personas que tienen algo que decir». Abrir perspectivas más allá de las divisiones políticas, superar las convicciones y poner en práctica nuevos argumentos es algo que llega a mucha gente. En las veladas de *Gegner*, que se celebran en el café Ader de la Dönhoffplatz, participan sobre todo jóvenes en busca de respuestas a las preguntas candentes que tanto preocupan a todos. Las reuniones se hacen tan populares que se organizan actos paralelos no solo en Berlín, sino también en varias ciudades alemanas.¹¹ «Reinaba una extraordinaria disciplina, una extraña camaradería entre la izquierda y la derecha», informa uno de los participantes señalando lo inusual que resulta semejante comportamiento en los sobreexcitados años veinte: «Jóvenes que en la calle se habrían apaleado al momento han escuchado las argumentaciones unidos por su rechazo común al funcionariado del partido que fanfarronea de su doctrina».¹²

Aunque el camino hacia la meta todavía es difuso, Harro atribuye un factor de rebeldía al movimiento *Gegner* y habla de una «alianza invisible de miles de personas, ya en la actualidad, que quizá todavía estén repartidas por todos los bandos, pero que saben que se acerca el día en que tendrán que encontrarse».¹³ Harro quiere reconciliar a una sociedad que amenaza con romperse, tal como ha hecho en la universidad. «Un pueblo dividido por el odio no puede volver a levantarse», escribe en *Gegner* —una variación de

44 las viejas palabras de Abraham Lincoln «una casa dividida no puede mantenerse en pie»—. ¹⁴ Lo que Harro pretende hacer en esta etapa final de la República de Weimar no es una empresa sencilla.

3

Son días y noches frenéticas las de este otoño de 1932, los últimos meses de libertad, uno de los períodos más ingeniosos de la historia de Alemania, con Berlín como, posiblemente, la ciudad con más vida intelectual del mundo. Los círculos literarios se retroalimentan y Henry Erlanger los frecuenta todos arrastrando consigo a Harro: los lunes van al *Freiwerk-Arbeitskreis* y los martes, al *Signal-Kreis* y a la *Fichte-Gesellschaft*. «De pronto, la costra saltó porque los viejos poderes, que seguían anclados en el sistema de Weimar, por fin empezaron a ceder», dice un conocido de Harro describiendo una situación tan precaria como estimulante: «De repente y por todos los rincones, de la neblina de la jerigonza emergieron mentes que empezaron a hablar un idioma que les era común en un nuevo sentido. [...] Fue como un éxtasis». ¹⁵

Los lugares donde culmina este discurso extático son, entre otros, las redacciones de las publicaciones independientes, como *Weltbühne* (El teatro del mundo), de Carl von Ossietzky, donde también escribe Kurt Tucholsky, o *Gegner*, de Harro Schulze-Boysen, esta última situada en un ático con vistas a la *Potsdamer Platz*, amueblado con austeridad. Desde el pasillo se accede directamente a la primera de las dos habitaciones, estrechas y largas. La segunda está «llena de estanterías: Hegel, Feuerbach, todos los filósofos alemanes»; hay una máquina de escribir, sillas y una cama plegable. ¹⁶ Harro duerme a menudo aquí porque le resulta más cómodo quedarse en la redacción, donde siempre hay algo que hacer: redactar, hablar con autores nuevos, preparar conferencias y, por las noches —el teatro no queda lejos—, ir a ver, por ejemplo, *Ascenso y caída de la ciudad de*

Mahagonny, de Brecht, una «obra bastante loca pero con muy buena música», como reseña Harro a sus padres.¹⁷

La vida es gratificante y emocionante a pesar del futuro incierto, o precisamente gracias a él. «En un momento u otro, todos llevamos dentro la voz del Señor», se entusiasma Harro en una carta escrita en la época de *Gegner*. «Y si sustituimos esta palabra arrogante por “conciencia”, “deber” o “voluntad”, el resultado es el mismo.»¹⁸ La misión puede parecer pretenciosa, pero es amargamente necesaria: salvar a un mundo en vías de decadencia. Porque mientras «la gente sigue debatiendo alegremente entre pescado o asado, té o whisky, la Sección de Asalto está avanzando a paso lento pero decidido», preparándose para la toma del poder.¹⁹

Hay una fotografía de Harro de esta época que inquieta a su madre: sus rasgos faciales se ven más marcados que de costumbre y sus hermosos ojos azules miran como poseídos; así es él cuando corre de un evento a otro, con su abrigo claro, camisa de colores y melena desaliñada, sintiéndose «más cerca de la vida que nunca».²⁰

Harro escribe febrilmente y hace contactos. Alfred Döblin, el autor de la novela *Berlín Alexanderplatz*, también se entera de la existencia del joven intelectual y le envía una carta:

*A modo de experimento, me gustaría retomar los debates sobre temas culturales y esenciales que comenzaron en la primavera con un reducido círculo. Si su tiempo se lo permite, quisiera pedirle que me haga una visita el jueves 29 del corriente a las ocho y media. Doy por sentado que posee un conocimiento aproximado de mis ideas fundamentales y coincide de manera general con ellas. [...] La invitación es personal. Las esposas de los caballeros casados son bienvenidas.*²¹

Harro acude sin Regine a la lujosa vivienda del escritor, situada en el 28 de la Kaiserdamm, e intenta ganarse a Döblin para que colabore en *Gegner*, pero no lo consigue, motivo por el cual se interrumpe el contacto entre ambos. Ber-

46 tolt Brecht también tantea a Harro para una futura «revista dedicada a poner en claro los argumentos y contraargumentos fascistas». En ella está previsto debatir los temas esenciales de la acción antifascista: «La política cultural y la cuestión de la mujer, el problema del liderazgo, la cuestión de la raza, el nacionalismo, etc.», pero el proyecto queda aparcado en su fase incipiente.²² Da igual, porque Harro tiene otras cosas que hacer. Siendo ahora también editor de *Gegner*, invierte en la revista todo su tiempo y hasta el último céntimo que le envían sus padres. Y cuando no hay vendedores ambulantes disponibles para distribuir la publicación, se ata la mochila a la espalda, se enfunda una gorra de la revista en la cabeza, se planta delante de la universidad o de la Technische Hochschule y se pone a vender ejemplares por su cuenta. «*Gegner* se está haciendo muy famosa», informa a su familia en Mülheim: la tirada ya supera los cinco mil ejemplares y con el número de octubre de 1932 se suman un centenar de suscriptores nuevos.²³ Su buen amigo Robert Jungk, un especialista en prospectiva procedente del movimiento juvenil judío, describe así el universo en expansión de *Gegner*: «Movimiento revolucionario en estado puro. También había escritores expresionistas y artistas, no era exclusivamente político. Eso me inspiró. Yo no deseaba una filiación clara, no quería que el fluido se solidificara demasiado pronto. El fluido entendido como algo nuevo, que disuelve las cosas y las hace vivir».²⁴ Las ideas políticas de Harro también son cada vez más claras: orden económico socialista, orden social de libertades e igualdad de género, ya que considera que los cambios políticos son incompletos sin la «liberación de la mujer de los grilletes de la sociedad burguesa». «El imperialismo patriarcal ha terminado», dice en *Gegner* posicionándose claramente al respecto.²⁵

Otro autor que determina la orientación de la revista es el pensador universal suizo Adrien Turel, que pone en relación la filosofía, la biología, el psicoanálisis, la historia y la política y cuyo lema es buscar siempre el potencial que hay detrás de *no* entender algo. Sobre su primer encuentro con Harro escribe:

En el consejo de redacción me saludó un joven de metro ochenta y cinco. Por su cabeza pálida y estrecha y su mirada penetrante, podría haberme recordado a un joven Bonaparte, solo que esa cabeza se asentaba sobre el cuerpo de un típico oficial de lanceros. Desde el primer momento hubo simpatía y cooperación entre los dos. Formábamos un dúo tan extraordinario que un amigo mutuo, molesto porque no nos podían dividir con ninguna intriga, exclamó: «¡Vaya par de maricas!», a lo que Boysen rebatió, imperturbable: «No somos maricas, somos lesbianas».²⁶

Noviembre de 1932 empieza turbulento. Los trabajadores de la empresa municipal de transportes se han declarado en huelga y no hay servicio de metro, ferrocarril interurbano, autobús ni tranvía. Durante los enfrentamientos de los huelguistas con la policía mueren tres personas. Poco después, en las elecciones al Reichstag del 6 de noviembre, el NSDAP retrocede por primera vez y pierde un 4,6% de sus votos, mientras que el Partido Comunista gana un 2,6%. El pánico cunde entre las filas de Hitler. «1932 ha sido un año funesto», escribe Goebbels en su diario: «Hay que hacerlo añicos. El futuro es turbio y sombrío; todas las esperanzas se han desvanecido por completo».²⁷

Sin embargo, Harro está convencido de que el capital trabaja incansablemente entre bastidores para asegurar que los nacionalsocialistas lleguen al poder. Sigue con interés la declaración del gobierno de Kurt von Schleicher del 15 de diciembre de 1932 en la que el último canciller de la República de Weimar muestra su rechazo no solo al socialismo, sino también al capitalismo. ¿Hará ello que los industriales lo consideren un candidato poco fiable? Hitler, en cambio, lleva años haciendo la corte a los dueños de la economía. Ya en enero de 1932, en un discurso pronunciado ante el influyente Industrie-Club de Düsseldorf, dejó claro que la única finalidad de los ingredientes «socialistas» del programa del NSDAP es captar los votos de los trabajadores y los pequeños y medianos empresarios, y que de ninguna manera dichos ingredientes pretendían reducir la

48 influencia de los empresarios en la política. Además, Hitler aseguró que si los nacionalsocialistas lograban llevar a cabo su proyecto de rearme, a la industria alemana no le faltarían encargos. Desde entonces, las donaciones al partido nazi fluyen con generosidad.

4

Hitler no solo se deja querer por los magnates de la industria. El líder nazi oriundo de la pequeña localidad austríaca de Braunau también es depositario de las esperanzas de los grandes terratenientes.

El 30 de enero de 1933, a 50 kilómetros al norte de Berlín, Libertas Haas-Heye, de diecinueve años, se despierta y mira el jardín del palacio de Liebenberg, el hogar ancestral de su familia, desde la ventana de su estancia en la Sala Norteña. Bajo el gélido sol de la mañana refulge un manto de nieve que cubre toda la propiedad, incluida la casa de aperos y la iglesia de piedra natural. Incluso el pozo con el que en su día el káiser Guillermo obsequió a su abuelo, del que era muy buen amigo, está cubierto con una capa blanca y rutilante. Libertas se levanta, se saca el camión de escote redondo por la cabeza y lo arroja al armario abierto. Es un día especial; la sección local de la SA se desplazará a Berlín para celebrar la toma del poder de los nacionalsocialistas. Al festejo asistirá su tío Friedrich-Wend, príncipe de Eulenburg y Hertefeld, amo y señor de Liebenberg —cuya finca podría ir económicamente mejor—, que le ha preguntado si quiere unirse a ellos.

Pero antes de partir, Libertas ensilla su caballo. Se llama *Scherzo*, como la forma musical, por su trote rítmico y juguetón. Libertas también es así la mayor parte del tiempo, pero su registro incluye además tonos menores. Desde que tiene uso de razón, sus padres han sido más bien frugales en sus cuidados hacia ella. Se divorciaron hace diez años. El padre, Otto Haas-Heye, es un famoso diseñador de moda, profesor de arte y sibarita, un Karl Lagerfeld

avant la lettre, ubicuo en todas las grandes ciudades europeas. Su madre, Tora, en cambio, piensa que el mundo de la moda es «horrible», padece de los nervios y se esconde en el palacio de Liebenberg de un mundo demasiado real para ella. Una institutriz se ocupó de Libertas durante mucho tiempo, y pasaría el testigo a la profesora de dibujo judía Valerie Wolffenstein, colaboradora de su padre. La época con Valerie fue preciosa, pero no duró mucho. Libertas vivió en un internado en Berlín y, después, en París, Londres y Suiza. Cada vez que se acostumbraba a un lugar, tenía que irse, adaptarse a una ciudad extraña y conquistar un nuevo entorno: hacer nuevas amistades, ganarse nuevas simpatías, ponerse a prueba y reorientarse. Entretanto ha adquirido técnicas para complacer a los demás. Libs, como la llaman sus amigos, pasa por abierta y jovial, encandila con su carácter alegre, canta bien y toca el acordeón de maravilla. Se sabe miles de canciones, pero ¿sabe alguien cómo es ella en realidad?

El paseo a caballo por el coto forestal de Liebenberg al ritmo del golpeteo sordo de los cascos sobre la nieve no puede hacer más feliz a Libertas. La mañana de este penúltimo día de enero de 1933 es gélida pero hermosísima. El cielo azul resplandece entre las copas blanquecinas de la majestuosa arboleda que rodea el parque del palacio. Libertas conoce todos los árboles del camino que conduce al lago Lanke. «¡Oh, mi Liebenberg, donde los sauces llorones ladean estanques de ensueño dejando caer sus verdes ramas!»,²⁸ escribió, inspirada por Rilke, cuando tenía catorce años.

El cultivo de las artes tiene larga tradición en Liebenberg. A la madre le gusta cantar, sobre todo las «*Rosenlieder*» de su padre, el príncipe Philipp zu Eulenburg y adorado abuelo de Libs. Aparte de estas composiciones, muy populares en Europa, Philipp también escribió un *Cuento de la libertad* en el que aparece un personaje llamado Libertas, personificación de la libertad individual y del que la nieta tomó el nombre.

El príncipe murió en 1921, once años atrás, y Libertas guarda de él un grato recuerdo. Y es que el *Opapa* Philipp

50 no fue un cualquiera. En una época ya extinta pero todavía presente, llegó a ser el amigo más íntimo y asesor más cercano del káiser Guillermo II. Pero en torno a esta amistad se armó un escándalo, el mayor de la era guillermina y el primero de cariz homosexual del siglo xx, del cual se hizo eco la prensa de todo el mundo. En 1906 se publicó en la revista *Zukunft* (Futuro) una serie de artículos firmados por el periodista judío Maximilian Harden por los que la opinión pública se enteró con estupor de que el emperador pasaba demasiado tiempo en el palacio de Liebenberg, y no solo para disfrutar de la caza del ciervo. Se hablaba de la existencia de una mesa redonda en la que se decidía secretamente la política del Imperio, se celebraban sesiones espiritistas y se llevaban a cabo prácticas homosexuales. Kuno von Moltke, el prestigioso teniente general prusiano, asistente de campo del káiser y comandante de la ciudad de Berlín, habría participado, ataviado con un kimono y faldas de gasa, haciéndose llamar «Tutú». Por su parte, el príncipe Philipp zu Eulenburg, en negligé, hacía de «Philine» y el emperador Guillermo era «el Cariñito». Según las informaciones publicadas, en la Sala Norteña, de treinta metros de largo por diez de ancho, no solo se habrían ensayado comedias musicales, sino que, además, en la estancia de la chimenea se habría practicado también el onanismo, el coito anal y la invocación de difuntos, los cuales habrían dejado un «material espiritual» que el emperador llevaba consigo en un anillo. Para el periodista de *Zukunft*, esta «camarilla», por su conducta depravada, tomaba un derrotero muy poco alemán y más bien afeminado ante los ojos de Francia, el enemigo acérrimo. Según Harden, en aquella mesa redonda el amor habría tenido más importancia que los intereses de Estado, lo cual suponía una traición a la patria desde las más altas esferas.

El 27 de abril de 1907, Harden volvió a la carga y acusó públicamente a Eulenburg de homosexualidad. El príncipe rechazó las acusaciones y, recurriendo al artículo 175, se denunció a sí mismo ante el ministerio público para que, en julio del mismo año, se suspendieran las investigaciones



El emperador Guillermo II, «el Cariñito» del abuelo de Libertas, en una caricatura francesa.

por falta de pruebas. Animado por este éxito en los tribunales, el general Kuno von Moltke, «Tutú», presentó una demanda por difamación contra Harden, pero la estrategia resultó ser un error, ya que durante el proceso salieron a la luz detalles muy jugosos. Por ejemplo, la exesposa de Moltke, la joven y atractiva Lily von Elbe, declaró bajo juramento que ella y su marido solo habían consumado el matrimonio las dos primeras noches en los nueve años que estuvieron casados. Además, confirmó la estrecha amistad de Moltke con Eulenburg. Uno de los principales sexólogos de la época, Magnus Hirschfeld, fue citado para que emitiera un dictamen pericial y declaró en la sala del tribunal que había detectado en Moltke una «predisposición homosexual con un pronunciado carácter psicológico-ideal». El 29 de octubre de 1907, el tribunal consideró a Moltke

52 homosexual y lo declaró culpable en virtud también del citado artículo 175. En lo sucesivo, un escándalo tras otro fueron sacudiendo la pudorosa *época de hierro* prusiana.

Berlín, donde la vida se desarrollaba supuestamente bajo un estricto orden, pronto sustituyó a París, Roma o Londres en términos de infamia. De repente, la antigua Es-
parta del río Spree se convirtió en la nueva Babilonia. «Sí, sí, hijo mío, y ahora piensa en cuántos lo hacen a escondidas por dinero, a cuántos puedes simplemente abordar y llevarte contigo, cuántos lo hacen por puro amor o por calentura, y te harás una idea de cómo es Berlín, de cómo llora y ríe. Habla con los extranjeros. Para ellos, Berlín es el burdel del mundo, Alemania entera. París dejó de serlo hace mucho», escribe Rudolf Borchardt en *Weltpuff Berlin* (Berlín, el burdel del mundo), su novela pornográfica de mil páginas, refiriéndose a las nuevas costumbres.²⁹ En poco tiempo, la pretendida superioridad moral de los prusianos quedó reducida a escombros. El mundo entero se mofaba de esa subcultura berlinesa cargada de sexo, o bien la admiraba, viajaba a Berlín y participaba de ella. Una profecía autocumplida, en suma. «He aquí la casta Alemania», tituló el diario francés *Figaro*. El clamor fue unánime en toda Europa y Estados Unidos, donde se utilizaron los rumores sobre el círculo de Liebenberg como arma arrojada en la enconada disputa sobre las colonias, siempre teñida de tintes morales, y se le negó a Prusia el derecho de conquista en cualquier rincón del mundo.

El escándalo derivó en una retahíla de acusaciones y juicios, y sacudió a la sociedad guillermina hasta el punto de que el periodista y crítico social vienés Karl Kraus transformó la expresión «pueblo de poetas y pensadores» (*Volk der Dichter und Denker*) en «pueblo de jueces y verdugos» (*Volk der Richter und Henker*).³⁰ En abril de 1908, en un proceso de seguimiento, un pescador del lago Starnberg testificó que había tenido relaciones sexuales con Eulenburg en su barca. El príncipe fue arrestado y, como volvió a negar los cargos, fue acusado de perjurio. Oculto tras unas gafas de sol para que no lo reconocieran, tuvo que tomar el tren a

Berlín una y otra vez para someterse a exámenes médicos y comparecer ante los jueces. En alguna ocasión, este hombre otrora tan lleno de vida se hizo llevar a la sala del tribunal en angarillas, ya fuera porque en verdad había venido a menos o, simplemente, por motivos estratégicos.

Para salvar la cabeza, el emperador Guillermo se distanció de Eulenburg, su mejor amigo. Dejó de ir al palacio de Liebenberg y se rodeó de nuevos consejeros que se oponían diametralmente a los deseos de paz del dimitido círculo de Liebenberg. En un caluroso día de junio de 1908, el proceso contra Eulenburg fue interrumpido por la incapacidad del acusado para litigar y nunca se reanudó. La sospecha de homosexualidad no pudo ser confirmada ni disipada. El príncipe no fue jurídicamente condenado, pero sí sufrió una condena personal y social de la que nunca consiguió resarcirse. Retirado, sin recibir apenas visitas, vivió en el palacio hasta su muerte en 1921 y cuidó de sus nietos, a los que explicaba historias de travesías veraniegas con el emperador a bordo del yate *Hohenzollern* con destino a los profundos fiordos de Noruega, donde cazaban ballenas. Pero el que había sido su mejor amigo, el único que hubiera podido rehabilitarle, nunca volvió a ponerse en contacto con él, ni siquiera desde su exilio en el castillo de Doorn, en Holanda, después de haber perdido la primera guerra mundial.

5

A mediodía del 30 de enero de 1933, Harro telefona a Adrien Turel: «¡Hitler es canciller del Reich! ¿Por qué no vas en metro a la Potsdamer Platz y echas un vistazo a la celebración popular? Después podrías pasarte por la redacción. En principio, no tiene por qué pasarnos nada».³¹ Turel cubre la máquina de escribir con la funda, se sube al tren, se dirige al centro y camina por el tramo central del bulevar Unter den Linden en dirección al Palacio Real. A ambos lados de la calzada, columnas masivas de miembros

54 de la SA vienen de frente portando las antorchas que utilizarán en los desfiles de la noche, con paso firme, como gladiadores entrando en la arena. «Yo caminaba en sentido contrario al de la muchedumbre. Entonces se me acercaron un fabricante judío y su esposa, a los que conocía muy bien. Los saludé con alegría como camaradas judíos en medio de las columnas de gente de la SA [...] y dije: “¡Santo cielo, el ambiente está muy cargado! ¡Salgan de aquí!” La señora me miró llena de júbilo y me dijo: “Querido Turel, no sea tan histérico. ¡Es una fiesta popular!”»³²

6

Desde Liebenberg parten varios coches bajo un frío glacial hacia la estación de tren de Löwenberg. Junto a Libertas está sentado su tío Wend, de cincuenta y un años, un hombre cuya sonrisa parece un corte en la cara, sin demasiado pelo en la cabeza, peinado aprisa hacia atrás. Libs sabe lo mucho que significa este día para él: los nazis toman el poder en Berlín.

Wend es un entusiasta de Hitler. Hace dos años tuvo audiencia con él, y el hombre de Braunau le aseguró: «Dirigiré la lucha contra el marxismo [...] hasta la completa destrucción y exterminio de esta plaga del pueblo alemán. Por ello lucho sin piedad ni contemplaciones hasta el último momento».³³ Las palabras fueron del gusto del terrateniente, porque, también en Liebenberg, mucha gente reclamaba el reparto de la inmensa tierra de cultivo, propiedad exclusiva del príncipe. Con el fin de apoyar al partido nazi, Wend envió a sus amigos terratenientes y nobles hacendados una circular autorizada por Hitler en la que les recomendaba a todos ellos leer *Mi lucha*, ya que contenía, en su opinión, una gran cantidad de ideas brillantes.

Wend también ha dejado atrás las dudas que en un principio albergó sobre Hitler por sus posibles tendencias socialistas: «Pero si no queremos bolchevismo, no nos queda otra elección que ingresar en el partido que, a pesar de

ciertas ideas socialistas, es la antítesis del marxismo y el bolchevismo». No solo cree que el NSDAP puede resolver mejor los problemas del país, sino que también está convencido de que, «sin Hitler, ninguna forma de gobierno es sostenible a largo plazo». ³⁴ Además, ya que Maximilian Harden, el periodista que desencadenó el escándalo de Eulenburg, era judío, ¿acaso no son los nazis los más indicados para rehabilitar los derechos de su padre, el príncipe Philipp?

¿Y qué piensa Libertas del nuevo movimiento? ¿Es tan entusiasta como su tío? Este 30 de enero de 1933, los de Liebenberg participan en el desfile de antorchas, y a Libertas le gusta. Empatiza con el exagerado romanticismo escultista, pero sabe poco de los objetivos de Hitler y no está interesada en ellos, ya que se deja llevar por el corazón y el instinto. Desde esos centros, precisamente, quiere ubicarse para escribir sus poemas. Sin embargo, la propaganda del nacionalsocialismo también apela directamente al corazón y a los instintos, allí donde no llega la razón. Por ello, cuando los de Liebenberg se apean en la estación berlinesa de Lehrte y avanzan entre las masas exaltadas hacia la Puerta de Brandeburgo y la Wilhelmstrasse, Libertas no puede evitar conmovirse. ¿No será esta la sólida familia que tanto había anhelado?

Lo cierto es que, aunque no le interesa la política, Libertas también busca sostén en el repentinamente poderoso movimiento nacionalsocialista y, en marzo de 1933, se inscribe en la agrupación del partido de Liebenberg, que ya se ha convertido en un nido de nazis, con el número de afiliada 1.551.344. De esta manera pasa a engrosar la lista de los peyorativamente llamados *Märzgefallene*, o «caídos de marzo», ese inmenso grupo de alemanes que por estas fechas se han afiliado al NSDAP y a los que la dirección del partido ve con especial recelo bajo la fundada sospecha de que lo hacen más por beneficio personal que por fe en el nazismo.